

de la Iglesia, aparecia ante la imaginacion de todos muy por encima de la gloria de un orador. No veian en Bossuet al hombre, sino al Pontifice encargado del depósito de la doctrina y de la defensa de la fé.

He aquí, por último, las palabras con que Massillon elogia á Bossuet, digno término de cuanto hemos dicho, resumen de cuanto en alabanza suya quisieramos todavía escribir: «Bossuet, dice, genio vasto y candoroso, con ese candor que caracteriza siempre las grandes almas y los espíritus de primer orden; ornamento del Episcopado, honra del clero de todos los siglos y las edades. Obispo en medio de la córte, el hombre de todos talentos y de todas las ciencias, el doctor de todas las Iglesias, el terror de todas las sectas, el padre del siglo XVII, y á quien no faltó mas que nacer en los primeros tiempos, para haber sido la luz de los Concilios, el alma de la Iglesia, para haber dictado los Cánones y presidido las asambleas de Nicea y Efeso.»

Los contemporáneos, dice Henry, que admiraron la elocuencia de Bossuet, casi todos guardan silencio acerca de sus oraciones fúnebres: hasta la señora de Sevigné, que nos pinta tan perfectamente en sus cartas, todo lo que en su tiempo preocupaba la atención pública, nada dice acerca de esta particular. Tan extraño olvido únicamente puede explicarse diciendo, que el Obispo de Meaux, considerado ya como un Padre

de los Maestros como otras perfectas de enseñanza y de luz; ensalza la profundidad de su inteligencia para someter las maravillas de la religion, y añade que si le fuese lícito expresarse por medio de frases opuestas al parecer, diria que Bourdaloue en profundidad, tanto como Bossuet en elevacion. Manuy escribe que en la elocuencia religiosa no encuentra nada mas sorprendente é inimitable que la primera parte de los sermones de este orador en especial los de la Conversion, la Pasion y la Resurreccion.

CAPÍTULO V.

Oradores contemporáneos de Bossuet y anteriores á la decadencia de la oratoria del púlpito en el siglo XVIII.—Bourdaloue.—Massillon.—Fenelon.—Predicadores de menos importancia: Cheminai, Giroust y La Rue.—Oradores posteriores al siglo de Luis XIV: Paille, Neuville, Deauvais y Boismont.—Misioneros célebres en los siglos XVI, XVII y XVIII.—Cartas pastorales.—Decadencia: causas generales y juicios criticos.

Acerca de pocos oradores se han emitido opiniones mas diversas, pero no por eso menos entusiastas, que respecto á Bourdaloue. Sacerdote virtuoso, jesuita humilde, sábio, erudito y elegante en el decir, Bourdaloue supo conquistarse no menos el respeto que la admiracion de sus contemporáneos. La dulzura de sus palabras hicieron que se le comparase á Cornéille, como Cheminai fué comparado á Racine. En opinion de Voltaire, es el primer orador sagrado que dejó oír en el templo una razon siempre elocuente: Mad. Sevigné sostiene que es superior á todas las maravillas que le precedieron: L'Harpe le considera acreedor á una de las coronas del gran siglo de la elocuencia del púlpito en Francia; dice que fué un genio bajo cierto punto de vista sin rival; admira sus sermo-

nes acerca de los *Misterios* como obras perfectas de enseñanza y de luz; ensalza la profundidad de su inteligencia para sondear las maravillas de la religion, y añade que si le fuese licito espresarse por medio de frases opuestas al parecer, diria que Bourdaloue es sublime en profundidad, tanto como Bossuet en elevacion. Maury escribe, que en la elocuencia religiosa no encuentra nada mas sorprendente é inimitable que la primera parte de los sermones de este orador, en especial los de la *Concepcion*, la *Pasion* y la *Resurreccion*, y aplica á sus discursos sobre la *Ambicion* la *Providencia*, el *Juicio temerario*, el *Perdon de las injurias* y la *Religion cristiana* uno de los versos mas conocidos de Boileau (1).

Antes que Bourdaloue aparecieron como restauradores del púlpito francés Senault y Segendes; pero Bourdaloue fué el primero que supo corregir los grandes defectos que por muchos siglos habian dominado á los predicadores franceses. La caridad, la unción evangélica, el conocimiento de los sagrados libros, la precision en el decir distinguen á este orador sagrado en primer término: la profundidad no daña en sus trabajos oratorios á la naturalidad, ni la solidez de la doctrina al buen gusto en la forma. Leyéndole, dice un escritor contemporáneo, la razon se eleva; meditándole, parece mas grande aun. Se ha dicho que sus sermones saben á teología, siendo en realidad un curso completo de religion. ¡Qué conocimiento tan profundo de la divina Sabiduría! ¡qué penetracion en los misterios! Cierto es que falta muchas veces la gala en sus discursos; pero es porque huia de las citas pro-

(1) «C'est avoir profité que de savoir s'y plaire.»

fanas y de otros artificios que pudo sugerirle la fantasía. Acaso por esto es el predicador mas querido de los ingleses, que se interesan en extremo por las pruebas y demostraciones. La victoria de Bourdaloue es sobre las inteligencias; con el sentimiento y la dulzura de otros predicadores hubiera sido el mas popular y el mas grande quizá de todos los que se distinguieron en su época.

De costumbres sencillas como la verdad, dice César Cantú, y ejemplares como la virtud, fué el único hombre que no tuvo enemigos ni detractores. Predicaba del mismo modo al pueblo que á la córte: rehusaba los aplausos, los honores, y cuando bajaba del púlpito se encaminaba por la senda mas corta y mas ignorada al lecho del moribundo para consolarle.

Es sóbrio, comedido, nada fastuoso; á veces se hace monótono, pero nunca pesado; es tolerante, pero no débil; atiende mucho á la forma, que era lo mas olvidado, pero es el fondo lo mas estimable de sus discursos. Hermanando en hábil consorcio la vehemencia con la espresion sentida, la libertad con la precision, el fervor religioso con la sabiduría y la penetracion de una inteligencia privilegiada.

Massillon.

Massillon sucedió á Bourdaloue en el ejercicio y en el gran prestigio de la predicacion. Nació en Hyères, en Provenza, el año 1663; entró en la congregacion del oratorio en 1681, dando á conocer desde muy jóven sus especialísimas dotes para dedicarse al penoso ministerio de la enseñanza. Estudiándose á sí mismo aprendió á conocer á los demás:

buscó en el corazón el misterio de las pasiones, y hallando que el orgullo es la causa principal de nuestros extravíos, combatió el amor propio hasta en sus últimas y mas inocentes manifestaciones. Sus primeros discursos los pronunció Massillon en Montpellier el año 1698: en 1699 predicó la Cuaresma en la iglesia del oratorio de Paris, produciendo una impresion desconocida en los que acudieron á oírle, ávidos de convencerse de la certeza del gran nombre que le precedía. Acostumbrados á oír á Bossuet y á Bourdaloue, no pudieron creer que Massillon se hiciese lugar entre ellos; pero cuando oyeron sus primeras frases quedaron llenos de asombro, y faltó poco para que su entusiasmo les hiciese olvidar el respeto debido á la casa del Señor.

Massillon se hacia dueño de sus oyentes en el primer momento, tal era el encanto de su palabra; cuando habia terminado de hablar, el auditorio permanecía largo tiempo absorto en las sublimes enseñanzas que habia oído. Luis XIV dirigió á Massillon estas palabras, que confirman nuestra opinion:—He oído grandes oradores en mi capilla, de quienes he salido muy satisfecho; pero cuantas veces os he oído, mi buen Padre, de quien he quedado descontento ha sido de mí mismo.

Dicese por los admiradores de este orador, que una de sus mas grandes cualidades era la *oportunidad en la accion*, punto importantísimo de que nos ocuparemos en la segunda parte de esta obra, y acerca del cual no nos cansaremos nunca de llamar la atención de la juventud, á quien dedicamos nuestros escritos. Massillon sabia, segun dicen sus contemporáneos, presentarse en el templo, caminar desde el presbiterio al púlpito con aire magestuoso y pensativo: su semblante infundia

respeto, sus maneras prevenian, aun antes de hablar, favorablemente al auditorio. Nosotros hemos hecho acerca de este particular repetidas observaciones, y aconsejamos á los oradores que no descuiden jamás el medio de producir una agradable impresion; segun ella, hallarán mas fácil ó mas difícil conquistarse las simpatías de los que van á escucharles, lo cual importa mucho para el mejor éxito de sus palabras.

Las actitudes de Massillon eran muy á propósito para el género de elocuencia á que se habia consagrado. Veíasele llegar al púlpito como quien acaba de meditar profundamente lo que vá á decir. No bien se presentaba en público, su aspecto, lleno de recogimiento y de conviccion, anunciaba ya la grandeza é importancia del asunto de que iba á ocuparse; aun no habia pronunciado una sola frase, y el oyente estaba ya entusiasmado; cuando llegaba á hablar, parecia que no le era dable contener en su interior las verdades de que se hallaba persuadido; todo hablaba en él, y todo llevaba al alma la conviccion y el sentimiento. Massillon era menos rápido y menos violento que Bourdaloue, pero en cambio tenia mayor atractivo y mas uncion. Hablaba con mucha autoridad, y casi siempre estaba de pié. Su presencia, aunque era de mediana estatura, se hacia notable por el recogimiento y la dignidad. Sus ademanes eran lentos, pero elocuentes; su voz flexible y sonora, y su mirada en extremo espresiva. Su exclamacion favorita *¡gran Dios!* que se encuentra á cada momento en sus discursos, salia del interior de un alma enteramente conmovida; daba á su voz en estos momentos una inflexion particular, acompañada de un mirar penetrante, de un ademan de súplica que siempre producía un efecto seguro.

Entre las contrariedades que afligian á Massillon se hace

mérito por alguno de sus admiradores de la falta de memoria, y él mismo se lamenta de olvidarse de gran parte de lo que se había propuesto decir. Cuando le preguntaban cuál era su mejor sermón, solía contestar:—El que sé mejor. No obstante esta circunstancia, Massillon se hizo oír en el púlpito durante mucho tiempo, hasta que fué consagrado Obispo de Clermont en 1717, habiendo predicado antes la célebre *Cuarema* (1) que puso fin á su gloriosa carrera como orador.

Massillon falleció el 18 de setiembre de 1742.

Los mejores críticos han hecho elogios de los trabajos oratorios de Massillon: en España sus sermones, así como los de Bossuet y otros de sus célebres contemporáneos, se han traducido y coleccionado diferentes veces, siendo leídos con gran aprecio por los N. V. eclesiásticos que se consagran á la predicación: la juventud debe leerlos con detención, y el análisis de sus pasajes mas notables ocupar algunas horas en las aulas; ejercicio que, bien dirigido por el profesor, puede en nuestro concepto producir excelentes resultados.

Un atractivo constante en la locucion, una armonía encantadora, dice L'Harpe, una eleccion de palabras dirigidas todas al corazon ó hábilmente dispuestas para herir la imaginacion; un conjunto de fuerza y de dulzura, de dignidad y de gracia, de severidad y de uncion; un inagotable manantial de recursos que se fortalecen unos á otros; una sorprendente riqueza en las amplificaciones; un arte de penetrar en los mas secretos arcanos del alma, de referir detenidamente las debilidades humanas, de atemorizar y consolar sucesivamente, de exaltar las conciencias y de reanimarlas aplacando la severidad de la ley

(1) *Petit Carême.*

con el atractivo de la práctica de las virtudes; el uso oportuno de la sagrada Escritura y de los Padres, por mas que no se hallen citados con frecuencia, un estilo patético, arrebatador, y sobre todo cierta facilidad que hace que todo parezca valer mucho mas, porque todo parece que ha costado muy poco; en estos y semejantes rasgos se distingue Massillon de los demás oradores; títulos tan esclarecidos hicieron que aquellos mismos que no creían en su doctrina, creyeran en sus talentos, por lo cual Massillon fué apellidado *el Racine del púlpito y el Ciceron de la Francia.*

Trascribamos ahora algunos pasajes de los discursos de Massillon para confirmar las opiniones que acerca de su mérito acabamos de consignar.

En el sermón destinado á combatir la dilacion de los hombres en acudir á su Dios, en convertirse, hallamos los trozos siguientes, dignos de figurar en nuestra coleccion:

«No reservais comunmente, hermanos míos, á vuestro Dios, mas que los restos y los desperdicios de vuestras pasiones y de vuestra vida. He aquí vuestro lenguaje:—Señor, mientras sea útil para el mundo y sus placeres, esperadme: durante lo mejor de mi vida, no aguardéis, Señor, que vaya á vos, ni que os busque: mientras el mundo me retenga, yo no puedo resolverme á abandonarle: cuando comience á olvidarme, á huir de mí y no pueda valerme mas de él, entonces me volveré hácia vos, exclamando contrito: Aquí me teneis; aceptad, aceptad un corazon que el mundo rechaza y que está afligido por la triste necesidad en que se halla de acudir á vos.

Temeis no poder sosteneros, mis queridos oyentes. Por ventura, disfruyendo el convertiros, ¿os prometeis que Dios os llamará algun dia, y convirtiéndoos hoy, no os atreveis á supo-

ner que os sostendrá? ¿contais con su misericordia ultrajándolo, y no os atreveis á contar con ella glorificándolo? ¿no creéis arriesgar nada por vuestra parte, y desconfiais de vosotros al comenzar á servirlo? ¡Oh hombre! ¿dónde está esa razón y esa rectitud de juicio de que hacéis continuo alarde? ¿es por ventura en el negocio de tu salvación donde vienes á ser un abismo de contradicciones y una incomprensible paradoja?

Pero supongamos por un momento que las dificultades de la virtud superen vuestra debilidad, y aun mas que esto, que os veais precisados á retroceder. Por lo menos habreis pasado algun tiempo sin ofender á vuestro Dios, habreis hecho algunos méritos para aplacarlo, dedicado algunos dias para bendecir su santo nombre; y esto se desquitará de vuestra vida criminal, y de ese tesoro de iniquidades que estais acumulando para el terrible dia de las venganzas; habreis, en fin, adquirido el derecho de presentar á Dios vuestra debilidad, diciéndole:— Señor, veis mis deseos y mi impotencia: ¡ójala tuviera yo un corazón mas constante para vos, ¡oh Dios mio! mas firme en el amor de la verdad, mas insensible al mundo y menos fácil para dejarse seducir! Fijad, Señor, mis incertidumbres y mis inconstancias: quitad al mundo el imperio que sobre mi corazón tiene; recobrad vuestros antiguos derechos y no me atraigais á medias, temiendo que os vuelva á dejar. Las eternas variaciones de mi vida me cubren, Señor, de vergüenza, y hacen que no me atreva á levantar los ojos hácia vos para prometeros una constante fidelidad. Muchas veces he faltado á mis promesas, despues de haberos jurado un eterno amor: mi debilidad me ha hecho olvidar frecuentemente la dicha de ese compromiso, hasta el punto que ya no tengo valor para responderos de mí. Mi corazón me hace traicion á cada instante; y mil veces al acabar de salir de vuestros piés, y aun con los ojos bañados en lágrimas vertidas por el dolor de haberos disgustado, la ocasión me ha seducido, y me han encontrado frágil y débil como anteriormente las mismas infidelidades que acababa de

detestar. ¡Qué puedo, gran Dios, afirmaros con un corazón tan frívolo y tan inseguro! ¿qué podré ya prometerme y ofrecer?

Hay pocos oradores sagrados que igualen al célebre Obispo de Clermont en las oportunas y frecuentes invocaciones que dirige al cielo en nombre de su auditorio, en esos diálogos, en esos apóstrofes que escitan vivamente la atención y que dieron á su elocuencia un interés verdaderamente dramático.

Al terminar el sermón dedicado á la *Concepcion de la Santísima Virgen*, Massillon recuerda para animar el valor apostólico de su ministerio, que los grandes de Jerusalem suponian ambicion en las lágrimas y en las predicciones de Jeremías, y en seguida pinta al mismo Luis XIV con tanta verdad como moderacion bajo el ejemplo de David. Leyendo este trozo patético puede juzgarse lo fácil que debia ser al monarca reconocerse á sí mismo en una alegoría tan palpable, y hasta qué punto su corazón debia conmovirse profundamente al encontrar en las palabras del orador el mismo lenguaje que en secreto le haria oír su conciencia.

Ved ahora de qué manera ha pintado Massillon los últimos momentos del pecador moribundo:

«Postrado el pecador, dice, en el lecho de muerte, no encuentra en lo pasado sino recuerdos que le confunden, en lo presente imágenes que le afligen, y en lo porvenir horrores que le espantan.

No sabiendo á quién acudir, ni á las criaturas que se le escapan, ni al mundo que se desvanece, ni á los hombres que no podrán librarle de la muerte, ni á Dios, á quien mira como enemigo, y de quien no podrá aguardar indulgencia, se atormenta, se agita para huir del golpe que le espera, que le acosa, y hasta de sí mismo tiembla y quiere huir.

Sale de sus ojos moribundos no sé qué de sombrío y feroz, que revela las iras de su alma, y del fondo de su tristeza saca palabras entrecortadas por los sollozos. Palabras que apenas se oyen, y no se sabe si las inspira la desesperacion ó el arrepentimiento.

Arroja miradas á Dios crucificado, y no se adivina si expresan el temor ó la esperanza, el amor ó el odio. Parece que se disuelve el cuerpo ó que el alma se aproxima á su eterno Juez: suspira profundamente, y se ignora si es la memoria de sus crímenes quien le arranca esos suspiros, ó la desesperacion de abandonar la vida.

Por último, en medio de tan terribles esfuerzos, sus ojos se fijan, sus facciones cambian, su rostro se desfigura, su boca livida se entreabre por sí misma, todo su espíritu tiembla, y por medio de tan supremo esfuerzo su alma infortunada se desprende del cuerpo, cae en las manos de Dios, y se encuentra sola al pié de su tribunal terrible.»

Aparte del talento y brillantez con que Massillon ha realzado todos sus trabajos; prescindiendo, si es posible, de su mérito extraordinario, que es indispensable admirar en sus oraciones y mucho mas en sus escritos, lo que hay que considerar en sus trabajos, es el fin que se propone, la eleccion del asunto, la consagracion de su ministerio apostólico á cada una de las necesidades de la Iglesia. Unos predicadores son los Demóstenes del pueblo; otros los Teólogos y Doctores que hablan solemnemente, puede decirse así, para que los entiendan los hombres facultativos; unos son para cierta porcion selecta de la sociedad; otros para los académicos y literatos; pero Massillon es el predicador para todos. Sus *Sermones* son para el pueblo; la *Pequeña Cuaresma* para los grandes y los reyes; sus *Conferencias* para la juventud de los seminarios; sus *Discursos sinodales* para el Clero. Los hombres de letras han

admirado su discurso de recepcion en la Academia; y sus *Paráfrasis de los salmos*, y hasta las *Cartas pastorales* que dió como motivo de acontecimientos públicos y solemnidades de la Iglesia, se han recogido con veneracion por la piedad cristiana, y con general aplauso por todos los hombres doctos. Tal era para Massillon la conciencia de sus deberes, de tal modo se conceptuaba obligado al trabajo y los creia obligados á todos, especialmente á los sacerdotes, cuya apatía combatia enérgicamente en una de sus conferencias.

Massillon poseyó en primer término la elocuencia del corazón: envueltos, por decirlo así, en las mas delicadas formas, ofrece pensamientos profundos, presenta terribles verdades á la consideracion de sus oyentes.

Los Sermones morales de Massillon son en su género perfecto modelo que debe imitar la juventud: en la *Oracion fúnebre* es menos notable que Bossuet: la pronunciada en elogio de Luis XIV. dá principio de una manera superior á cuanto antes y despues se ha hecho en este particular. «Dios solo es grande, mis queridos hermanos...» expresion felicísima que á todos produce un mismo efecto, expresion magnífica pronunciada ante el féretro de un rey á quien en vida se apellidó Luis el Grande.

No es muy frecuente contar á Fenelon en el número de los oradores sagrados. Sus sermones han pasado casi desapercibidos para la crítica; solo el A. Maury nos ha dado á conocer como obra de gran mérito el que pronunció en la Iglesia de las misiones extranjeras el año 1685, el dia de la Epifanía,